

Pascal Quignard

Todas las mañanas del mundo

Traducción del francés de Esther Benítez



PASCAL QUIGNARD

Todas las mañanas del mundo

Traducción de
Esther Benítez

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Tous les matins du monde*
Traducción del francés: Esther Benítez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2023

© Éditions Gallimard, París, 1991
© de la traducción: Herederos de Esther Benítez, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 12500-2023
ISBN: 978-84-19738-26-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Capítulo I

En la primavera de 1650 la señora de Sainte Colombe murió. Dejaba dos hijas de dos y seis años de edad. El señor de Sainte Colombe jamás se consoló de la muerte de su esposa. La amaba. Fue en esa ocasión cuando compuso *Le Tombeau des Regrets*.¹

Vivía con sus dos hijas en una casa que tenía un jardín que daba al Bièvre. El jardín era estrecho y estaba cercado hasta el río. Había sauces en la ribera y una barca donde Sainte Colombe iba a sentarse al anochecer cuando hacía buen tiempo. No era rico, sin que pudiera quejarse de pobreza. Poseía una tierra en el Berry que le dejaba una pequeña renta y vino que cambiaba por paños y a veces por caza. Era torpe cazando y aborrecía re-

1. *La tumba de los pesares.*

correr los bosques que dominaban el valle. El dinero que sus alumnos le entregaban completaba sus recursos. Enseñaba viola, la cual suscitaba por aquel entonces entusiasmo en Londres y París. Era un afamado maestro. Tenía a su servicio dos criados y una cocinera que se ocupaba de las pequeñas. Un hombre que pertenecía a la sociedad que frecuentaba Port-Royal, el señor de Bures, enseñó a las niñas las letras, los números, la historia sagrada y los rudimentos de latín que permiten entenderla. El señor de Bures habitaba en el callejón sin salida de la rue Saint-Dominique-d'Enfer. Fue la señora de Pont-Carré quien le había sugerido a Sainte Colombe el nombre del señor de Bures. Aquel había inculcado en sus hijas, desde la más tierna edad, las notas y las claves. Cantaban bien y tenían verdadera disposición para la música. Los tres, cuando Toinette tuvo cinco años y Madeleine nueve, cantaron pequeños tríos vocales que presentaban cierto número de dificultades y a él le complacía la elegancia con la cual sus hijas las resolvían. Por aquel entonces las pequeñas, más que evocar los rasgos de la madre, se parecían a Sainte Colombe; no obstante, el recuerdo de aquella perduraba intacto en él. Al cabo de tres años, tenía siempre ante los ojos su apariencia. Al cabo de cinco años, su

voz seguía susurrando en sus oídos. Solía estar taciturno, no iba ni a París ni a Jouy. Dos años después de la muerte de la señora de Sainte Colombe, vendió el caballo. No podía soportar la pena de no haber estado presente cuando su mujer exhaló el último suspiro. Se hallaba a la sazón a la cabecera de un amigo del difunto señor Vauquelin, quien había deseado morir con un poco de vino de Puisey y con música. El amigo expiró después del almuerzo. El señor de Sainte Colombe, en la carroza del señor de Savreux, se había encontrado en su casa pasada la medianoche. Su mujer estaba ya amortajada y rodeada de cirios y de lágrimas. No despegó los labios, mas no volvió a ver a nadie. Como el camino que llevaba a París no estaba empedrado, eran menester dos largas horas a pie para llegar a la ciudad. Sainte Colombe se encerró en casa y se consagró a la música. Trabajó durante años con la viola y se convirtió en un maestro conocido. En las dos estaciones que siguieron a la desaparición de su esposa se ejercitó hasta quince horas al día. Había mandado construir una cabaña en el jardín, entre las ramas de una gran morera que databa del señor de Sully. Cuatro peldaños bastaban para encaramarse a ella. Así podía trabajar sin molestar a las pequeñas, que atendían a sus clases o a sus juegos; o también

después de que Guignotte, la cocinera, las hubiera acostado. Juzgaba que la música habría entorpecido la conversación de las dos niñas que parlotaban en la oscuridad antes de dormirse. Descubrió una forma distinta de sujetar la viola entre las piernas sin que descansara en la pantorrilla. Añadió una cuerda baja al instrumento para dotarlo de una posibilidad más grave y con el fin de proporcionarle un timbre más melancólico. Perfeccionó la técnica del arco aligerando el peso de la mano y cargando la presión solamente en las cerdas, con ayuda del índice y el medio, lo cual hacía con asombroso virtuosismo. Uno de sus alumnos, Côme Le Blanc el Viejo, decía que lograba imitar todas las inflexiones de la voz humana: desde el suspiro de una jovencita hasta el sollozo de un hombre entrado en años, desde el grito de guerra de Enrique de Navarra hasta la suavidad del aliento de un niño que se aplica y dibuja, desde el estertor desordenado al cual incita a veces el placer hasta la gravedad casi muda, con poquísimos acordes, y poco variados, de un hombre concentrado en la plegaria.